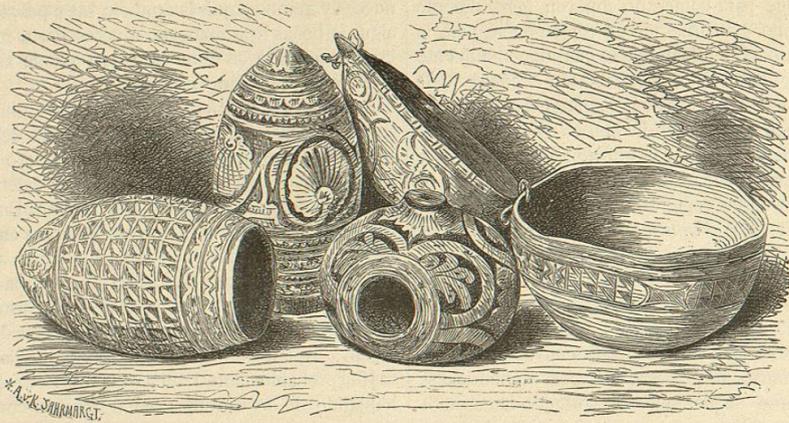


jares con sal, puesto que en los territorios orientales del Ecuador todavía se hace una distinción entre los comedores y los no comedores de sal: los últimos son idólatras, los primeros son indios cristianos semi-civilizados.

Tiene también importancia la preparación de las bebidas espirituosas en las que representa un papel importante el mismo cazabe. Ya antes del descubrimiento de América conocían las tribus indias las tales bebidas que fabricaban con el pan de cazabe, con los frutos de las palmeras, con maíz y con plátanos, siendo muchas y por cierto las más apreciadas las que con el primero se obtenían. La *mischla* ó *paiwari* que se halla extendida por toda la Guayana se prepara del siguiente modo: comiéndose por cocer el cazabe más espeso y duro que de costumbre de modo que la corteza exterior aparezca casi carbonizada, hecho lo cual los pedazos son arrojados á una gran vasija y rociados con



Vasos esculpidos de los indios brasileños (Colección de Martius, Museo etnográfico, Munich)

agua hirviendo. Cuando la masa se ha enfriado, las mujeres empiezan á revolverla con las manos y luego la estrujan entre sus mandíbulas hasta convertirla en unas gachas para después escupirla en una artesa larga formada por un tronco ahuecado en forma de canoa y una vez en ella rociarla con agua caliente. Este asqueroso procedimiento es considerado por los indios como indispensable para que la bebida fermente. Existe otro sistema por el cual antes de mascar y adelgazar la pasta se estrujan los panes de cazabe entre dos planchas y luego se les deja fermentar. En uno y otro caso el líquido se cuele en un tamiz de caña entrelazada y una vez preparada la bebida se llenan de ella grandes calabazas de muchos galones de cabida. El *paiwari* cuyo sabor es muy parecido al de la cerveza agria, es una bebida en extremo refrescante y nutritiva y de un color amarillo oscuro en la que flotan pedacitos de cazabe mas-

cado: bebida en gran cantidad, como sólo los indios pueden hacerlo, produce cierta embriaguez, de modo que todas las fiestas en que se consume el *paiwari* terminan en borrachera. Después del pan de cazabe el *paiwari* es lo más indispensable para el indio. Appun refiere cuán difícil le fué encontrar remeros indios para sus viajes del interior de la Guayana inglesa á la costa que exigían entre la ida y la vuelta tres meses de tiempo, por la sencilla razón de que en toda la travesía sólo se pasaba por tres factorías indias que tuvieran *paiwari*. El *paiwari* sin fermentar que se prepara todos los días constituye la bebida usual en muchas aldeas.

También se preparan otras bebidas espirituosas con maíz, que los arawakes denominan *kassiri*, ó con batatas á las cuales se agrega una cantidad de jugo de caña de azúcar y en las que se produce la fermentación por medio de granos de maíz mascados. La rápida aclimatación del manzano en la región templada de la América del Sud ha sido causa de que se propagara muy de prisa y en grandes proporciones, especialmente en Chile, la sidra y allí en donde antiguamente los chilotas bebían en conchas la aloja ó cerveza de *quinoa*, hoy beben *tshitscha* de manzana en el *acho* ó cuerno de vaca. En la América del Sud y en las Indias Occidentales tan abundantes en palmeras se fabrica una porción de vinos de palma. De los espádiceos verdes de la *Mauritia flexuosa* se saca una bebida muy parecida al vino cortándolos por en medio y recogiendo en calabazas el zumo que en abundancia se escapa por la incisión.

Es muy posible que en la preparación del *paiwari* ó

*mischla*, como acontece entre los melanesios con la de la *kawa*, intervenga la religión; los que así lo creen se fundan en que en esta faena no reina la alegría que preside en los banquetes en que se consumen bebidas preparadas con plátanos y con caña de azúcar. Los coroados excluían de sus festines á las mujeres las cuales, sin embargo, tienen obligación de poner á buen recaudo á los borrachos para evitar las peleas.

En los territorios de los Andes de Colombia y del Ecuador en donde no crece el cazabe, la *mischla* es reemplazada por el *guarapo* que se prepara dejando fermentar el azúcar de caña ordinario en una gran vasija de arcilla llena de agua; por este procedimiento se obtiene á los dos ó tres días un líquido refrescante agrídulce que mezclado con el zumo de un pequeño limón aromático de corteza delgada y verde forma una limonada exquisita. Cuando el *guarapo* está preparado tal como generalmente se bebe se le denomina *regular*; cuando ha sido sometido á mayor fermentación alcohólica toma el nombre de *bravo* y es el preferido por los arrieros. Igual distinción se hace respecto del *pulque* de los mejicanos elaborado con el jugo rico en azúcar de cierta agave. Análoga bebida se obtiene mascando pedazos cortados de caña y escupiéndolos en una calabaza en donde fermenta el zumo que luego se bebe: llegado á su último período de fermentación adquiere cierto sabor alcohólico y es en extremo embriagador. El cacao hacía mucho tiempo que estaba en uso en América antes de que los europeos lo trajeran al Viejo Mundo convertido en chocolate. Constituye una notable variante entre las tribus del

Orinoco la decocción hervida del cacao sin leche y sin azúcar fuertemente sazonada con pimienta de Indias recién arrancada del arbusto. «Una sola cucharada de esta bebida basta para levantar ampollas en la boca y en las fauces de un europeo.»

Orinoco la decocción hervida del cacao sin leche y sin azúcar fuertemente sazonada con pimienta de Indias recién arrancada del arbusto. «Una sola cucharada de esta bebida basta para levantar ampollas en la boca y en las fauces de un europeo.»

Algunas tribus septentrionales de la América del Norte no usaban, al parecer, bebidas espirituosas. En la actualidad, los pimas elaboran una cerveza de trigo que beben sin fermentar; mas como estos pueblos conocían y consumían el azúcar de arce y de abedul del mismo modo que los californianos el de pino sacarina, se inclina uno á creer que con frecuencia hubo de salvarse la pequeña distancia que media entre el agua de azúcar y las bebidas fermentadas. Los *tshippewahes* del Norte y los *dakotas* del Oeste no conocieron probablemente, en tiempos antiguos, el tabaco que tan generalizado estaba por todo el resto del continente. Esta planta se cultivaba, bien que no por todas las tribus, desde el Missuri al Plata: la costumbre de fumar el tabaco no sólo en rama sino en la forma más determinada de cigarro fué una de las primeras curiosidades que Europa aprendió del continente occidental nuevamente descubierto. Los mandanes mezclaban con el tabaco por ellos mismos cultivado hojas de *gayuba*, planta que también era objeto de cultivo, y cortezas de varias especies de *Cornus* y de *Elaeagnus*. No era, sin embargo, el tabaco la única planta que se fumaba: los hupas, por ejemplo, fumaban, además, resina de roble. Los cigarros de los indios tenían á menudo 4 centímetros de diámetro y contenían un poco de tabaco arrollado en hojas de otras plantas. Es un hecho característico el de que algunas tribus, como por ejemplo la de los churruges de Colombia, á pesar de su pasión por fumar tabaco y á pesar de gozar de un clima tan á propósito, no cultivan esta planta. Para tomar rapé tienen los sudamericanos una porción de aparatos: las tribus de Guayana usan una caja que consiste en un gran caracol glotón cuya base está cerrada por un ala de murciélago fijada por medio de *balata* ó gutapercha: su contenido consiste en un polvo aromático de composición desconocida que se saca de la caja sacudiendo el molusco cuya punta encaja en un hueso hueco que es el que contiene el rapé. Para llevar el polvo á la nariz tienen los indios un aparato compuesto de dos huesos de pájaro huecos y pegados con *balata* (véase el grabado de la pág. 57): colocado un extremo en la boca y el otro en un agujero de la nariz, basta soplar para que el polvo llegue hasta lo último de la membrana pituitaria. Este aparato no lo usan más que los egoístas, pues la gente sensible emplea un instrumento que consiste en dos huesos cruzados en forma de X por medio del cual los amigos se soplan el rapé mutuamente.



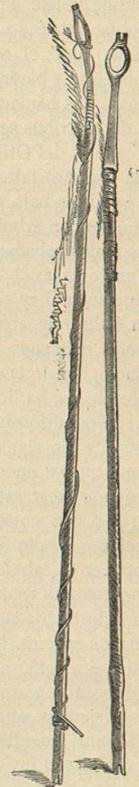
Cacharro de arcilla, del Perú (Museo Británico)

El uso de la coca de los peruanos se extiende por todo el Norte de la América del Sud hasta los guajiros que la mascan, al igual que los peruanos, probablemente para excitar el sistema nervioso, y por el Este llega hasta el Hualaga, en donde los remeros de Popping, oriundos de la tribu de los cholanos, hacían cinco y seis paradas al día para mascar descansadamente esa hoja. Según una noticia contenida en la *Perla de América* de Julián, esos indios

mascaban la coca mezclada con cal que llevaban en una caja, costumbre equivalente á la de mascar betel.

La agricultura, aun en aquellos territorios en que no se ejerce en tanta escala como en los mejicanos y peruanos, produce el gran beneficio que trae consigo toda ocupación más regular que la caza y la pesca: gracias á ella el año se divide en determinados períodos de trabajo, como los describe Bandelier hablando de Pueblo Akoma. «Cada estación del año — dice — tiene sus ocupaciones predilectas: en la primavera se siembra y se planta y por esto las familias abandonan sus aldeas para trasladarse á sus campestres residencias veraniegas; durante el verano se hace el laboreo y el riego continuado de los campos; en el otoño se encierran las cosechas comenzando por las de los médicos, especialmente la del cacique, después de las cuales se guardan las de la tribu, es decir la de cada familia. El invierno se consagra al *dolce far niente* y á las danzas que se suceden unas á otras sin interrupción; también se recoge leña, se caza, los hombres preparan sus pieles y las mujeres cosen y hacen calceta: por la noche se cuentan cuentos y se refrescan en la memoria de los jóvenes las leyendas populares.» Entre los pueblos agrícolas relativamente adelantados como los pimas de Arizona, la agricultura influye en la organización política, puesto que cada aldea nombra á algunos ancianos encargados de distribuir el agua y de vigilar los riegos. La agricultura no es, sin embargo, impedimento para que los indios de las clases más bajas sigan libremente su impulso emigrador, pues confían la mayor parte de las labores agrícolas á las mujeres mientras ellos siguen cazando, pescando, recogiendo huevos de tortuga y refocilándose con frutas silvestres.

Existe un grupo de indios payas que demuestra hasta qué punto pueden andar unidos la vida nómada con cierto grado ínfimo de explotación de la agricultura: en efecto, estos indios andan errantes como los árabes por donde les place y hacen sus plantaciones que transcurridos algunos meses vuelven á visitar para recoger los frutos, cosechando miel, colores vegetales, zarzaparrilla, etc., que entregan á sus camaradas más civilizados á cambio de anzuelos, arpones, puntas de lanza, cuchillos y otros objetos. No mantienen ninguna clase de relaciones con los zambos de la costa y si visitan las aldeas payas es tan sólo porque no pueden prescindir de los objetos mencionados. En los territorios en donde se ha abierto paso la industria, sea la de recoger *cautchú* ó corteza de quina, sea la de entrelazar paja, la agricultura ha sido abandonada aun en los asombrosamente fértiles territorios de las estribaciones orientales de los Andes del Ecuador. Saens describe en los siguientes términos la vida errante de los churruges de Colombia: «Se pasan casi todo el día andando y sólo descansan un poco en las selvas junto á las orillas del río. Por la noche duermen en los talleres metidos en las redes que suspenden de los árboles, aunque haya cabañas en las cercanías;



Cañas de pescar, del Noroeste de América (Museo Municipal, Francfort en el Mein)

y como por allí abundan las moscas picadoras y los mosquitos, encienden á su alrededor llameantes hogueras cuyo humo ahuyenta á la plaga de insectos y cuyo calor hace para ellos las veces de manta, puesto que duermen sin cobertor alguno. Al despuntar el alba avivan el fuego, pues la temperatura desciende notablemente y apenas es de día abandonan sus lechos, levantan el campamento, toman un bocado y prosiguen su camino, no sin antes haberse bañado y pintado.»

Excepción hecha del plano rectangular ó cuadrado de las viviendas, casi nada típico ofrece el sistema de construcción de las tribus nómadas así de las que habitan en las regiones tropicales sudamericanas como de las que residen en los territorios templados de ambos hemisferios. A primera vista parece que la construcción de casas ó cabañas se caracteriza por su inestabilidad y falta de solidez, habiendo algunas tribus como las de los mohaves y la de los botokudos que carecen de cabañas ó poco menos. El príncipe de Wied dice hablando de los últimos que cuando se trasladan de un lugar despoblado ya de caza á otro en donde ésta abunda, no dejan más huellas de sus chozas que algunas hojas secas de palma. Los elementos y partes principales de las cabañas que con más frecuencia vemos empleados son: cuatro estacas, cuatro paredes de bambú y un techo de follaje de heliconias, es decir lo que André nos describe hablando de los habitantes de la orilla del Magdalena. Todo el mobiliario y menaje de estas chozas se reduce á tres piedras sobre las cuales se coloca el puchero y una ó dos hamacas. Más sencillas todavía son las viviendas de las tribus seminómadas que habitan en los numerosos canales del Orinoco y del Amazonas (véase el grabado de la pág. 60) tales como la de los oyampis que cuelgan sus hamacas bajo un armatoste que cada día construyen de nuevo con árboles tiernos. Los mismos tobas viven en unas malas cabañas con paredes en solos tres lados, y no son mejores las chozas de los gauchos argentinos. En Nueva Inglaterra hay casas muy sencillas de base semicircular y en California aparecen construcciones en forma de verdaderas colmenas. La costumbre hiperbórea de ahondar el suelo, con lo cual las viviendas se convierten en semisubterráneas, ha llegado desde el Norte á influir en la arquitectura californiana. Para construir estas cabañas clávanse en el suelo siguiendo una línea circular varias ramas ó estacas que se encorvan por arriba y se atan unas á otras, cubriendo luego este armatoste por fuera y por dentro con esteras ó con cortezas de árboles. Este sistema de construcción que sólo deja un agujero en un lado para entrar á gatas en la cabaña y otro en el techo para que salga el humo, tiene la ventaja de que las cabañas pueden ser fácilmente desmontadas y transportadas de un lado á otro con todos los enseres. La tienda de los tinnes hecha con piel de alce ó rengífero, de forma cónica ó semi-esférica, que se tiende sobre un armazón de palos, es la que más se parece á las viviendas veraniegas de los hiperbóreos. Las tribus del Misuri (mandanes, monitarris y demás afines) habitaban durante el invierno en los bosques en chozas de tierra y durante el verano en las praderas en cabañas análogas aunque de mayores dimensiones. Entre los iroqueses, mejores constructores que la mayoría de los demás pueblos del Nordeste de América, las paredes eran de vigas fuertemente unidas entre sí y el techo de madera, estando la choza cubierta por fuera con corteza: en el interior había bancos puestos al rededor de la cabaña y cubiertos con esteras y debajo del techo estaba el granero para las provisiones. Los iroqueses, sin embargo, no tenían casas sueltas sino casas de familia. Las viviendas de los habitantes de la costa

occidental de la región templada de la América del Sud son también de madera y su techo saliente es de paja de *Hierochloe*: en estos territorios la abundancia de madera permite que el menaje tenga mejores condiciones, así es que de madera son los lechos, los ganchos para colgar los utensilios, los taburetes y otros objetos, aunque todos pequeños como destinados á mujeres y á niños, puesto que los hombres apenas están en la cabaña durante el día.

En todos los puntos de América encontramos casas comunes de muy diversas formas que guardan relación íntima con la división de la tribu y de las cuales hay algunas que á menudo constituyen cada una de por sí una aldea completa. El tipo más marcado de estas viviendas es la casa larga de los iroqueses. En la actualidad existen todavía en el Estado de Nueva York casas de 40 y hasta de 150 metros de longitud que bien puede decirse que pertenecen á los iroqueses. Decía Swan, en 1791, que las aldeas de los krihkes se componían en su tiempo de 20 ó 30 casas, las más grandes de las cuales albergaban á 150 y hasta 200 personas. Una larga galería atravesaba por el centro estas casas y á los dos lados de la misma cada familia habitaba un departamento; la entrada estaba defendida por un alero debajo del cual se guardaban las provisiones. El hecho de vivir toda la población de una aldea en una sola casa grande aparece también entre los timucúas de Florida. Entre los pahnis esta casa común era de forma circular. En las secas mesetas de las estepas de la América del Norte la casa común reviste cierto carácter monumental por cuanto está tan sólidamente construída gracias al *adobe* (ladrillo de limo secado al sol) ó á una mezcla de piedra, cimientado de tierra y arena, que pueden edificarse varios pisos uno sobre otro. De las descripciones que se hacen de la «Casa grande» de los pimas se desprende que este edificio, del que se conservan aun tres pisos, tenía cuatro: estaba construída sobre un plano cuadrado y cada piso tenía cinco habitaciones, dos grandes, una en la parte de delante y otra en la de atrás, y tres pequeñas en el centro. El limo, la piedra y la arena eran los materiales en ella empleados; las paredes estaban muy bien construídas hasta el punto de que en la actualidad todavía se ve en muchos trozos el revocado y aun los surcos de los dedos de que se servían los albañiles á modo de paletas. Las habitaciones tenían unos dos metros de alto, las puertas eran sumamente estrechas y bajas (pocas alcanzaban una altura mayor de un metro) y unos agujeros de 25 centímetros de diámetro hacían las veces de ventanas. Como sólo hay una puerta que dé ingreso á la casa, y como, además, no ha podido darse con ningún vestigio de escalera, cabe suponer que los habitantes de esta casa colosal penetraban, como actualmente lo hacen los indios zuñis, en sus habitaciones por el techo y valiéndose de escaleras de mano. Se habla también de armazones de madera de abeto y esto es tanto más extraño cuanto que en la actualidad no crece un solo árbol de esta especie en todos los alrededores del territorio habitado por los pimas. En algunas de estas casas los pisos superiores van retirándose de la línea de la fachada de modo que resulta un edificio de muchos pisos á modo de banales: tal sucede en la aldea de Zuñi que es la que ofrece la más numerosa colección de esta clase de casas. En las cercanías de Zuñi hay viviendas labradas en las rocas, llamadas *cliff-cities* (ciudades de peñas), á las cuales sólo se llega por medio de senderos abruptos y en extremo peligrosos; estas viviendas eran utilizadas quizás durante el invierno por los habitantes de una casa grande, pero por regla general, como sucede con Akoma, constituían una aldea independiente. Una de estas ciudades descubierta hace pocos años

por J. Stevenson en el territorio de San Francisco consiste en grupos de espacios subterráneos á los cuales se llegaba por medio de orificios pero que no se comunicaban entre sí por debajo de tierra. Las bocas de estos orificios ó pozos estaban en algunos casos cercadas con paredes. Muchas de estas aldeas de limo ó de peñas estaban habitadas en tiempo de los primeros europeos y algunas lo están todavía.

Los moquis sostienen que también ellos construyeron y habitaron estas cavernas y casas *cliffs* en el valle del Río Verde y que si las abandonaron hace «cinco hombres viejos» (generaciones) fué á consecuencia de una peste.

En las comarcas septentrionales de la América del Sud son muy escasas las viviendas comunes; esto no obstante, es muy frecuente encontrar una cabaña habitada por tres ó cuatro familias cada una de las cuales tiene en un rincón de la choza su hogar especial al amor de cuya lumbre se agrupa para guisar y para charlar, Saens describe en los siguientes términos el interior de una de estas chozas de los churrujes de Colombia: «Las casas grandes tienen generalmente tres compartimientos; el cuarto está completamente abierto y constituye la gran puerta de ingreso de la casa. Algunos compartimientos tienen, además, sus pequeñas puertas especiales que conducen al exterior. En el centro hay un gran espacio cuadrado para uso de todos los habitantes de la casa y en él se reúnen los indios para conversar y para celebrar sus pequeñas fiestas: este espacio está rodeado de vigas que sostienen el techo el cual desciende hasta tocar casi al suelo. El espacio comprendido entre la hilera de vigas y el techo constituye la parte habitada, colocándose cada familia en el trozo comprendido entre dos ó tres vigas. Estos compartimientos están separados unos de otros por cuerdas tendidas horizontalmente que sirven de barreras y no pueden ser por nadie saltadas sin previo permiso, pues entre esta gente es muy grande el respeto al domicilio y á la propiedad del vecino.» Entre los orejones de Guayana se encuentran á veces 30 personas en una cabaña cubierta de palmas que se denomina *maloca*. Pero en donde más marcados aparecen los falansterios es en la América Central, en las aldeas de los indios payas ó payers, cada una de las cuales consiste en una gran casa de forma ovalada de 25 metros de largo por 10 de ancho en donde viven juntos todos los indígenas de una manera verdaderamente patriarcal. Este sistema no está tan extendido entre los churrujes de Colombia cuyas residencias se componen de muy pocas casas bastante espaciosas y cubiertas de palmas, cuadradas unas y otras redondas. En una misma casa viven generalmente varias familias cada una de las cuales ocupa un departamento especial. Algunas chozas de los puris y de los guaraníes del Este y del Sud del Brasil respectivamente están habitadas por 70 personas, de modo que solas tres cabañas forman una tribu. En el Río Pardo vemos ya nuevamente á las familias de los mangojos habitar cada una su cabaña propia.

El menaje de las viviendas indias de la América del Norte es excesivamente pobre examinado desde nuestro punto de vista. Los techos, aun los de las monumentales casas de limo de Nuevo Méjico, son tan bajos que es imposible permanecer de pie dentro de las cabañas; las paredes son blanqueadas por las mujeres con arcilla blanca ó roja; cacharros de tierra de distintas formas y tamaños, bancos rústicos, algunos platos y escudillas de madera, cestas y esteras de entrelazado, sacos de cuero y pieles de animales constituyen todo el menaje. El centro de la cabaña está ocupado, en los pueblos agrícolas, por el hogar y por las piedras de moler. En los territorios del Sud las cabañas

tienen unos estantes de bambú partidos que sirven para guardar el maíz. El arco y la flecha están colocados en el entrelazado del techo y como adornos aparecen colgados en las chozas cráneos de animales, maxilares inferiores y plumas y entre los guerreros escarpelos. En aquellos puntos de las Américas meridional y central en que faltan las hamacas, están éstas sustituidas por escabeles para la cabeza, tales como los describe Powers hablando de los hupas.

Cerca de las viviendas hay cabañas de provisiones que en la Argentina, como en Africa, se construyen á cierta altura del suelo para sustraer los víveres á los ataques de la devoradora vizcacha. Antiguamente había, especialmente en la costa septentrional de la América del Sud, cabañas construídas sobre estacas: cuando A. de Hojeda descubrió en 1499 el golfo de Maracaibo, vió una aldea compuesta de veinte chozas grandes en forma de campana asentadas sobre estacas; cada una de ellas tenía su puente levadizo y el tráfico se hacía en botes. En la actualidad, todavía viven allí en chozas de estacas los pueblos pescadores. En los territorios meridionales de la América del Norte los emplazamientos de las aldeas eran trazados con gran regularidad. Entre los pueblos de la Florida (Luisiana) tales como los tschoktahes, tscherokis y nachtez, cada aldea tenía su plaza pública con un cuadrilátero en el centro á cuyos lados se alzaban las casas más grandes; cerca de allí se levantaba la casa «caliente», pirámide perfecta de unos 8 metros de altura y otros tantos de diámetro en su base y con las paredes de arcilla: en su interior había un ancho banco de caña y en el centro el hogar. En las comarcas del Sudoeste, las aldeas tenían la llamada plaza *tschunk* que servía para las asambleas, los juegos y otras fiestas.

La forma más sencilla de las fortificaciones que en su mayoría encerraban estrechamente á las aldeas eran los muros circulares que rodeaban montañas enteras, las cercas cuadradas, los baluartes para defender algunas viviendas situadas en las alturas, murallas, algunas veces, aunque pocas, paredes que cerraban los caminos y en los terrenos llanos diques. La altura que alcanzaban estas obras era, á veces, unos 10 metros sobre el nivel del foso de que casi todas estaban acompañadas, pero en la mayoría de los casos esta elevación era mucho menor. A menudo aparecían juntos extensos grupos de obras de esta clase, como sucedía, por ejemplo, en Newark (Ohio) en donde cubrían una superficie de 12 kilómetros cuadrados. Las descripciones de algunos testigos presenciales no permiten dudar de que los terraplenes tenían como accesorio filas de empalizadas. Allí donde era posible conducir el agua, llenábanse los fosos que al rededor de las murallas se abrían y aun se construían en el recinto interior estanques para tener provisión de aquella. En las selvas vírgenes de la América del Sud unos senderos estrechos y punto menos que invisibles conducían á las aldeas indias ocultas en las espesuras que constituían su defensa. Lo primero á que se atiende cuando se emplaza una aldea india es á la necesidad de defenderse; la proximidad del agua figura en segundo término. En los territorios donde el agua escasea, como en Nevada y en California, las aldeas se levantan junto á los manantiales; así sucede con las de los modokes, tribu á la que se atribuye especial gusto y afición por el agua buena. En el territorio de Ohio se edificaba con preferencia en las islas y en las lenguas de tierra y por esta razón en los mapas antiguos, como el de Ortelius, aparecen tantas aldeas de la América del Norte rodeadas de agua. Esto explica la apariencia de una densidad de población que hizo equivocadamente creer á los etnógrafos californianos que lo mismo